

rivales. La libertad renaciente excitaba los deseos; además, todos los que poco antes se habían visto obligados á retirarse, se consideraban defraudados y esperaban el desquite de lo que llamaban su sacrificio. En 1863, los antiguos miembros del gobierno provisional, muy combatidos, habían adoptado por el retraimiento, al menos en París. Esta vez reaparecieron ante los electores, sin haber cambiado nada de sus antiguas fórmulas. Garnier Pagés, que aspiraba á la sucesión de Julio Favre, se comprometía, en su profesión de fe, á «defender la causa sagrada de las nacionalidades, á contribuir á formar sobre las bases de la libertad, de la igualdad, de la fraternidad y de la justicia, la Santa Alianza de los pueblos.» Carnot, que ambicionaba la herencia de Havin, expresaba en un lenguaje no menos solemne vulgaridades no menos huecas. Estos resucitados de la política se figuraban hallarse todavía en el club ó en el balcón de la Casa de la Ciudad. Lastimado en su buen sentido y en su buen gusto, *El Diario de los Debates* calificó con mucha dureza esa especie de elucubraciones y opuso á la candidatura de Carnot la de Laboulaye, que en las elecciones generales había dejado el puesto libre á Thiers.

En medio de estas rivalidades, los jóvenes del partido espiaban ardientemente las ocasiones. Más afanoso que los demás, Julio Ferry trató de imponer su candidatura desde el principio del período electoral. Su circular fué más orgullosa en su sencillez que la de Garnier Pagés en su ampulosidad. Hablaba de lo obscuro de su nombre y recordaba con estudiada brevedad «los servicios que había prestado desde 1857 á la causa de las libertades electorales.» Después de lo cual, continuaba en estos términos: «Mi candidatura responde á un sentimiento que estalla en todas partes. Un gran partido como el nuestro ¿no debe preparar, al lado de las ilustraciones del presente, los combatientes del porvenir? Hace doce años que el gobierno evoca contra nosotros recuerdos irritantes y cóleras retrospectivas. Quitadle esas armas y elegid hombres nuevos.» A los ojos de sus jefes y hasta á los ojos de sus amigos, el *hombre nuevo* pareció sin duda demasiado impaciente, pues á los pocos días se supo que, aconsejado por Julio Favre, acababa de volver á las filas.

Los triunfos del año anterior habían estimulado á los más desdeñosos, al parecer al menos, del mandato legislativo. Vivía en Bélgica, desde el golpe de Estado, un antiguo representante del pueblo llamado Bancel. Profesor de la Universidad libre de Bruselas, Bancel había encontrado en el destierro la fama que quizá hubiese buscado inútilmente en su país. Aunque rodeado de partidarios del retraimiento y perteneciente á la oposición más irreductible, no resistió á las tentaciones de la vida pública y envió su juramento á París. Una irregularidad en las formas de la presentación impidió que se le incluyera en el número de los candidatos.

El suceso más importante del período electoral fué la entrada en escena del partido obrero. Un mes antes de las elecciones, publicóse una especie de programa firmado por sesenta obreros pertenecientes casi todos á las artes industriales: «Queremos, decía el manifiesto, fortalecer la opinión liberal, haciendo entrar en el Parlamento diputados elegidos entre los nuestros. Esa oposición ha pedido en los términos más modestos lo ne-

cesario de las libertades. Los diputados obreros pedirán lo necesario de las reformas económicas.» Un tallista llamado Tolain fué proclamado candidato y tradujo en una circular las reivindicaciones de sus compañeros. Reclamaba la libertad de reunión y de asociación, la abrogación completa de la ley sobre las coaliciones, la organización de las cámaras sindicales compuestas exclusivamente de obreros, la instrucción primaria gratuita y obligatoria y la supresión del presupuesto de cultos.

¡Cosa singular! El público, que con tanto interés había seguido los incidentes de la lucha electoral, mostróse reacio en acudir á las urnas. Los liberales fueron vencidos con Laboulaye, que obtuvo 900 votos, y los obreros con Tolain, que reunieron 400 sufragios. Los dos candidatos oficiales Pinard y Levy obtuvieron, el primero 5.000 votos y el segundo 6.000. Los que salieron verdaderamente beneficiados de la jornada fueron los hombres de 1848, es decir, Garnier-Pagés y Carnot, que triunfaron, el uno con 13.000 y el otro con 14.000 votos. Ambos habían aprendido en su juventud las fórmulas revolucionarias, y como eran demasiado viejos para aprender otra cosa, las iban repitiendo. En el fondo, eran muy burgueses, tribunos únicamente por rutina ó por hábitos retóricos; y lo mejor que se les podía desear, lo que ellos mismos deseaban quizá en el secreto de su alma, era que participasen de la popularidad de la oposición, sin ser nunca poder. No es que el peligro fuese quimérico, sino que residía en otra parte y aun era remoto. En estas elecciones complementarias habían asomado los *irreductibles*, que estuvieron á punto de encontrar un candidato en Bancel, y se habían oído las *reivindicaciones sociales* de los obreros agrupados en torno de Tolain. La tentativa había fracasado miserablemente. Pero estos dos grupos iban á crecer, á desarrollarse desde luego paralelamente y á unirse después para reemplazar las antiguas y vagas reclamaciones, la antigua fraseología, por sus terminantes y descaradas concupiscencias; para fusionar insensiblemente en ellos al antiguo partido democrático, y en las elecciones siguientes les veremos bastante fuertes para ahogar la voz de los jefes antiguos. Entonces, y sólo entonces, empezará, así para el Imperio como para la causa del orden, el verdadero peligro.

XII

Como se ve, la democracia, turbulenta y tímida á la vez, no hacía más que repetirse. Si se quería encontrar en 1864 un verdadero innovador, había que buscarlo en las regiones gubernamentales.

Recordará el lector las modificaciones bastante numerosas que los decretos de 23 de junio de 1863 introdujeron en el alto personal imperial. Puesta toda su atención en las elecciones que acababan de tener efecto, el público vió sobre todo en aquellos cambios dos cosas: la caída en desgracia de Persigny y el celo del gobierno en asegurar su defensa ante las Cámaras. Sin embargo, en medio de aquellos decretos, se deslizó un nombramiento muy digno de ser notado. En substitución de Rouland, fué llamado al ministerio de Instrucción pública un hombre nuevo, cuyo nombre no había de tardar en llamar la atención.

Este se llamaba Duruy. Su nombramiento era singular por varios conceptos. En primer lugar, el personaje á quien se encargaba la alta dirección de la instrucción pública no sólo no era ajeno á la enseñanza, sino que no había hecho otra cosa en su vida, lo cual era ya una gran novedad. En segundo lugar, no tenía el nuevo ministro ninguna relación en la corte, ni connivencia alguna con el mundo oficial. Y lo más extraño era que, si hubiese pertenecido á algún partido, hubiera sido á la democracia, una democracia disciplinada, patriota, instruída y muy librepensadora. Profesor de historia, durante más de veinte años, en el colegio de Enrique IV y luego en el liceo de San Luis, su nombre había permanecido bastante obscuro, hasta entre sus colegas. Los que le conocían le juzgaban hombre de espíritu sólido, aunque sin relieve y sin brillo; en cambio alababan sin reserva su integridad, su apego á sus deberes profesionales y sobre todo su infatigable laboriosidad. «Soy como un buey que traza con paciencia su surco,» decía de sí mismo. Y la comparación, además de tener el mérito de ser modesta, no dejaba de ser justa. Así vivió él mucho tiempo, confinado en el barrio Latino, sin que, al parecer, hubiese de pasar jamás del rango muy honroso, pero secundario, en que realizaba su paciente labor. Pero este hombre, que ignoraba la política francesa, conocía muy bien la antigua Roma, sobre la cual había escrito varios libros para la juventud. Esto fué el origen de su fortuna. Precisamente el emperador preparaba la *Vida de César* y se mostraba muy ávido de todos los informes que pudiesen servirle para tan grande asunto. Alguien le habló de Duruy y el monarca lo llamó á las Tullerías. En la entrevista, el profesor comentó, según dicen, algunas torpezas, pero de esas torpezas felices que se detienen á tiempo y gustan á los príncipes que así descansan de los cortesanos. Resultó además que este catedrático, tan documentado sobre la Roma de los Césares, no lo estaba menos sobre la de los Pontífices. Un día, durante una de las crisis agudas de la lucha con la Santa Sede, Duruy fué llamado á palacio: había que escribir á toda prisa un folleto abundante en datos sobre el papel de los papas como príncipes italianos. Merced á un prodigio de trabajo, en cinco ó seis días quedó terminada la obra. Mientras tanto, ambos poderes se habían medio reconciliado: cuando el publicista llegó con sus cuartillas, le dijeron que se las guardase. Este se inclinó sin chistar, de modo que, después de haber agradado por su laboriosa actividad, no agradó menos por su docilidad silenciosa. En lo sucesivo, Duruy fué con cierta regularidad al gabinete del emperador, á modo de auxiliar de Mocquard, pero sin título ni cargo determinado. Acabó de ganar las simpatías del soberano con sus juicios sobre César, que al abatir á la república romana, decía él, abatió lo que no era ya más que una sombra, y una sombra sangrienta. La tesis, explanada muy sinceramente, era demasiado oportuna para no encantar al príncipe. ¿Qué iba á ser de la teoría del *Cesarismo*, tan en boga entonces en los círculos de la oposición? Napoleón se creyó obligado á proteger al que consideraba casi como un colega literario. Duruy fué nombrado inspector de academia, y luego inspector general. En esto, hubo necesidad de un ministro de Instrucción pública. El emperador era bastante poderoso para obrar á modo de un sultán que

elige su visir. Duruy se encontraba entonces en Moulins, girando una visita de inspección. Un día, en el momento de empezar á comer, recibió un telegrama que abrió temblando, pues uno de sus hijos estaba enfermo en París, y él temía alguna fatal noticia. El telegrama le anunciaba que era ministro. Momentos después, llegó á la fonda el prefecto que acudía á felicitarle y que fué el primero en darle el título de *Excellencia*.

En la época á que hemos llegado, el nuevo gran maestre de la Universidad se había dado ya á conocer. Apenas instalado en el ministerio de la calle de Grenelle, se había proclamado reformador, y su extraordinaria actividad se extendió por todas partes. Las gacetas oficiales eran insuficientes para contener sus circulares y consignar sus decretos, y eran excepcionales los días en que se abstenía de tomar alguna disposición. Se ocupaban de él sus amigos que le proclamaban gran ministro y sus adversarios que le calificaban simplemente de agitado. Su obra estuvo demasiado íntimamente relacionada con los intereses generales del país para que deje de ser oportuno establecer una especie de clasificación entre los actos algo confusos de su administración y poner de relieve los que merecen ser recordados.

No puede negarse que al advenimiento de Duruy la organización de la instrucción pública ofrecía muchas deficiencias. En 1863, más de mil municipios carecían de escuelas primarias (1). Incompleta para los párvulos, la enseñanza lo era aún mucho más para las niñas. Lo que se había aprendido en la infancia corría gran riesgo de ser olvidado en lo sucesivo, pues las clases de adultos habían adquirido poco desarrollo. La indigencia del local ó del material era extrema, y lo que, andando el tiempo, ha venido á ser suntuosidad, respiraba entonces la miseria. El más digno de lástima era el maestro, mezquinamente retribuído.

Respecto á la segunda enseñanza, asombraba que las cosas del colegio apenas tuviesen relación con las cosas de la vida. El comercio se había desarrollado, al mismo tiempo que la industria; una expresión nueva, la de artes industriales, designaba un orden de cosas desconocido de nuestros padres: la agricultura tendía á perfeccionar sus procedimientos, al extremo de convertirse en ciencia; en fin, la extensión de las comunicaciones internacionales había hecho indispensable el estudio de las lenguas extranjeras. Y todas las tentativas, bastante numerosas, para crear una enseñanza especial sólo habían obtenido ínfimos resultados. La Universidad parecía estacionada en el antiguo programa clásico, el mejor sin duda para la formación del espíritu humano, pero que no conviene sino á lo más selecto de la sociedad, supone una posición desahogada y se adapta mal á las urgentes necesidades de la vida. Otra particularidad digna de ser notada era que el Cuerpo universitario, inhábil para los nuevos métodos, había dejado decaer un poco los antiguos. El sistema de la bifurcación, aplicación desacertada de una buena idea, rebajó bastante el nivel de los estudios. Además, según el programa, la filosofía se hallaba reducida á la *lógica*. Habían causado tanto daño en 1848 los excesos del sofisma, que

(1) Véase *Recueil des actes de l'instruction publique*, 1864, página 138.

se le temía en todas partes: por esto se tomaron precauciones contra los extravíos de la ciencia misma, que, bien comprendida, sirve para desenmascararla.

En cuanto á la enseñanza superior, fuera de las facultades de derecho y de medicina, no era más que una rama de la elocuencia. Una vez por semana, raramente, los profesores de las facultades de letras ocupaban la cátedra ante oyentes que procedían de los puntos más diversos é iban más á distraerse que á aprender. Si el catedrático era elocuente, hábil en despertar la emoción ó en provocar la sonrisa, obtenía gran éxito, sobre todo si sabía deslizar oportunamente alguna alusión á los sucesos del día, por ejemplo, en 1863, á la heroica Polonia. Arte tan ingenioso no carecía de mérito; pero esas lecciones brillantes no eran más que el ropaje de la ciencia. Lo que faltaba casi en todas partes eran las conferencias prácticas que despertan en los jóvenes la afición á la investigación. Lo que faltaba en los establecimientos científicos era el material, los instrumentos, las colecciones, los locales, los laboratorios. La escasez de medios de instrucción alejaba á las personas estudiosas, y el gobierno ó las Cámaras tomaban por pretexto el escaso número de alumnos para aplazar ó desechar todo gasto. Se carecía particularmente de libros. En las bibliotecas había magníficas colecciones, pero casi todas anteriores á 1789 y sacadas del fondo de las abadías; respecto á las épocas posteriores, el catálogo se componía de páginas en blanco y hubiérase dicho que el progreso se había detenido precisamente á la hora en que había sido proclamado.

Este cuadro, en varios de sus rasgos, no cesó de ser verdadero. Sin embargo, el mérito de Duruy consistió en haber discernido las lagunas y haber trabajado valerosamente para colmarlas. Si fracasó en muchos de sus proyectos, si en otros sólo consiguió muy imperfectamente su objeto, dejó profundas huellas en todas partes. Sus numerosas circulares, de las cuales se mofaron mucho los contemporáneos, revelan un espíritu prodigiosamente laborioso é investigador, de una gran probidad, aunque no exento de prejuicios, lleno de ideas y atento á las innovaciones hasta parecer inquieto, dispuesto siempre á asumir las responsabilidades, muy imbuído en las prerrogativas de la Universidad y persuadido de que estaba destinado á devolverle todo lo que ella creía haber perdido, apasionado sobre todo por la ciencia, demasiado quizá, pues para él nada había superior á ella, ni siquiera lo que debe regirla y dominarla.

Duruy empezó á dirigir su actividad hacia la segunda enseñanza. Su primer decreto restableció el programa de la filosofía (1). La restitución era feliz, sobre todo si los profesores se mostraban dignos de la enseñanza. Poco tiempo después, otra decisión prescribió en los liceos el estudio de la historia contemporánea. «Respetemos á los hombres que antes que nosotros llevaron la carga del día, decía muy noblemente el ministro en la circular; de esta manera seremos respetados nosotros más tarde á pesar de nuestras faltas (2).» Este llamamiento á la equidad no era inútil, y quizá hubiera sido prudente reducir, al menos por lo que to-

(1) Decreto de 29 de junio de 1863.

(2) Circular de 24 de septiembre de 1863. (*Recueil des actes de l'instruction publique*, 1863, pág. 313.)

ca á los últimos reinados, el programa á una simple nomenclatura. Siguió otra innovación, irrefutable, que tenía por objeto organizar la enseñanza de las lenguas vivas (3). Sin embargo, la bifurcación subsistía. El señor Fortoul, al establecerla, había obedecido á una idea muy justa, que consistía en armonizar los estudios de la juventud con las necesidades futuras de su carrera; pero se había procedido á su aplicación con poca habilidad, y en vez de crear una enseñanza especial, no se consiguió más que una torpe división de los estudios clásicos. En 1863 la institución fué modificada, y al año siguiente fué completamente suprimida (4).

Estas reformas no afectaban sino á puntos parciales. En una circular de 2 de octubre de 1863, el ministro entró en una cuestión más grave y que podía considerarse como nueva, tan infructuosos habían sido los ensayos practicados hasta entonces. La enseñanza profesional, instituida durante el periodo revolucionario, abolida en tiempo del primer Imperio, reorganizada á partir de 1829 en algunos colegios aislados, nuevamente estudiada en 1850, no había sido nunca sometida á una prueba realmente seria. En su circular, el ministro proclamó el gran propósito de crear por completo lo que hasta entonces sólo había sido esbozado. «Sobre la base consolidada y ampliada de la instrucción primaria se elevarían paralelamente las dos enseñanzas secundarias, una clásica para las carreras llamadas liberales, y la otra profesional para las carreras de la industria, del comercio y de la agricultura.» «Nuestros cursos clásicos, añadía Duruy con mucha sensatez, se hallan atestados de alumnos que no serán nunca sino malos letrados y que, en cambio, podrían ser excelentes comerciantes.» Seguí el programa, un poco demasiado extenso, pero bien adaptado en general á las necesidades de la vida moderna. Un consejo de perfeccionamiento establecido cerca de cada colegio señalaría los estudios especiales que conviniere introducir en cada región. Nada de reglamentación inexorable, nada de centralización á todo trance, sino un cuadro móvil que se adaptaría á todas las necesidades. Se profundizaría más particularmente en las poblaciones marítimas la geografía y la legislación comercial: se enseñaría el inglés en las costas de la Mancha, el alemán en el Este, el español y el italiano en los departamentos limítrofes de los Pirineos y de los Alpes; la enseñanza del dibujo se amoldaría á las artes y á las producciones de cada provincia; las aplicaciones industriales serían las del país en que vivían los alumnos. Estos se familiarizarían en la cuenca del Ródano con la fabricación de la seda; en Normandía, en Mulhouse, en Roubaix, con los hilados de lana y algodón, y en otras partes con la metalurgia. Visiblemente el ministro se miraba en su obra, é insistía en ella con una confianza algo optimista: «Con los alumnos profesionales no se abandonará nada á la especulación pura: en vez de limitarse á hacer explicar á los alumnos el inglés ó el alemán en los libros, se les hará hablar... Se les conducirá al laboratorio de química para hacer manipulaciones, sobre el terreno para levantar planos, al campo para estudiar ciertos cul-

(3) Circular de 29 de septiembre de 1863. (Id., pág. 332.)

(4) Decretos de 2 de septiembre de 1863 y de 4 diciembre de 1864. (*Bulletin des lois*, 1863, primera parte, pág. 542, y 1865, primera parte, pág. 32.)

tivos, á las fábricas para ver funcionar los aparatos. La enseñanza, en una palabra, obedecerá á un espíritu de aplicación (1).» El proyecto fué remitido al Consejo de Estado en 1864, y convertido en ley el año siguiente. El servicio prestado al país era real y merece ser recordado. Desgraciadamente, la vanidad de los padres de familia y la rutina de las administraciones municipales

legios, el ministro procuraba levantar la enseñanza superior. Los actos oficiales atestiguan su celo sobre el particular. Instituyéronse cátedras nuevas en la Facultad de ciencias de Lilla, en la Facultad de medicina de Estrasburgo y en la Escuela preparatoria de medicina de Burdeos. Créese la enseñanza de la economía política en la Escuela de derecho de París. Fundáronse dos



Víctor Duruy

hicieron que en parte resultasen vanas las intenciones del ministro. Los municipios, según la ley, podían organizar sus colegios para la enseñanza especial, previo informe del consejo académico. Transcurrido un año después de la votación de la ley, sólo unas diez poblaciones habían hecho uso de la facultad. En general, los pequeños colegios subsistieron con su personal de maestros famélicos y descontentos, con su miserable contingente de muchachos que una semi-educación clásica armaba tan sólo de vanidad y que únicamente aprendían en la escuela lo que nunca había de servirles para nada.

Al mismo tiempo que se ocupaba de los liceos ó co-

nuevas facultades de derecho, una en Nancy durante el año de 1864 y la otra en Douai el año siguiente. Organizáronse conferencias nocturnas en la Sorbona. Diéronse apremiantes instrucciones á los rectores para que se abriesen, bajo sus auspicios, cursos libres en las poblaciones más importantes de su distrito académico.

Estas medidas fueron para el ministro la parte más pequeña de su empresa. Iniciado desde hacía treinta años en las cosas de la instrucción, no ignoraba que la inferioridad relativa de nuestras facultades resultaba menos de la insuficiencia ó de la apatía de los profesores, en gran número excelentes, que de la escasez de medios de trabajo. Uno de sus primeros cuidados consistió en crear el material científico, comprar instrumentos, reunir libros, organizar laboratorios, apropiarse locales. Para obra tan costosa, le faltaba dinero. Más de

(1) Circular de 2 de octubre de 1863. (*Recueil des actes de l'instruction publique*, 1863, pág. 365.)